

LAS CRISIS INDUSTRIALES,

POR

D. Joaquín María Sanromá.

Señores :

Si yo fuera partidario de las ideas proteccionistas, entraria con muchísimo recelo á hablar de las crisis industriales: que este es el tema señalado para la conferencia con cuyo desempeño se ha servido honrarme la Sociedad libre-cambista. Entraria digo, con gran recelo y hasta con rubor á tratar aquella cuestion; porque si de ciertas crisis descontamos las muchas culpas del proteccionismo; si de ellas separamos la parte que tiene este sistema en provocarlas, en mantenerlas y en poner obstáculos á su pronto y eficaz remedio: ese problema magno de las crisis industriales será tan llano y expedito como grave y dificultoso es en las actuales circunstancias. Mas, por fortuna, tengo la honra de pertenecer á otra escuela; á una escuela liberal, señores, que cree que Dios ha hecho *bien* las cosas y que el hombre las hace *mal*, siempre *muy mal*, cuando se propone enmendarlas; á una escuela para la cual el crédito, la agricultura, la fabricacion, el tráfico, la marina, la poblacion, todo está regido constantemente por leyes naturales y todo ordenado ó, como ahora se dice, organizado, no por la fuerza *externa* de la voluntad de un gobernante ó

por la presion que ejercen los intereses egoistas de clases determinadas, sino por la fuerza *intima* de la libertad y el general concierto de *todos* los intereses. Pertenezco á una escuela para la cual el tocar á aquellas leyes naturales es crear obstáculos; para la cual estos obstáculos son la causa de las crisis que á menudo nos afligen: y ved ahí por qué los libre-cambistas, no sólo no tememos entrar en el exámen de estas crisis, sino que por el contrario, deseamos ardientemente analizarlas y juzgarlas; porque sabemos que, en ninguna crisis, grande ó pequeña, cabe á nuestros principios responsabilidad de ningun género, y podemos por esto mirar y tocar las crisis industriales segura la conciencia, el corazon tranquilo, limpias las manos y con la frente levantada.

Por mi parte, señores, aunque lamentando que asunto tan principal no haya sido confiado á manos más diestras y experimentadas, tengo un vivísimo placer en que este de las crisis se haya incluido en el programa de las Conferencias libre-cambistas. Nunca mejor ni más oportuna ocasion que la presente para hablar de crisis industriales; porque en estos momentos y todavía á consecuencia de la guerra civil norte-americana, el mercado universal está profundamente perturbado: se han paralizado, por falta de seguridad, de capitales y brazos, las plantaciones de algodón; los depósitos originarios de este artículo en Mobile, en Nueva Orleans, en Charleston ó se han cerrado ó han disminuido sus existencias: las exportaciones de algodón en rama que, durante el decenio que terminó en 1860, representaron un valor de 132 millones de pesos, han sido detenidas por un bárbaro bloqueo. Faltan en Europa las primeras materias, é Inglaterra ha sido la primera en sufrir por ello graves quebrantos; porque Inglaterra sólo para filaturas y telares mecánicos tiene destinados á la industria del algodón más de 2.000 establecimientos con una masa de medio millon de obreros, entre los cuales reparte, en forma de salarios, cerca de 900 millones. Al par de Inglaterra han sufrido y están sufriendo todas las naciones y comarcas donde, con violencia ó sin ella, se ha querido aclimatar la produccion algodonera: Bélgica, Suiza, Francia, Cataluña. Y estos sufrimientos y estos dolores han ido á turbar los ocios de los publicistas y hombres de gobierno, y la crisis industrial ha rivalizado en importancia con las grandes cuestiones políticas del

dia : la cuestion de Méjico, el levantamiento de Grecia, la resurreccion de Italia, las inmensas desventuras de Polonia.

¡ Singular privilegio de nuestros tiempos, señores ! Pese á ciertas escuelas, ello es que las cuestiones económicas ejercen ya en todas partes una influencia decisiva. En otras edades se lloraba mucho sobre ciertas amarguras sociales ; mas en cuanto á recursos para aliviarlas, cuando una turba famélica asediaba las puertas de los palacios, gracias si el príncipe, el magnate, ó el prelado le arrojaban un pedazo de pan por la ventana : cuando asediaba las puertas de los conventos , gracias si el fraile la socorria con la sopa sobrante de los refectorios. Habia sí institutos benéficos donde el pobre se guarecia y bajo el manto de la religion encontraba algun alivio á sus dolencias ; pero el principio de la limosna ciega prevalecia hasta tal punto sobre la caridad bien ordenada y distribuida, que más brillaba en aquellos asilos la pureza de la intencion que la excelencia de los resultados . Tambien se llora hoy, pero se piensa muy sériamente en las curaciones radicales. La religion , la filosofia , las ciencias exactas y de aplicacion, hasta las bellas artes, todo se pone á contribucion para aliviar la miseria, aminorar la intensidad de sus males y quién sabe si para conseguir su extincion en un porvenir más ó menos lejano. Y ¿seria posible que la ciencia económica permaneciese extraña á este nobilísimo concurso de tantas fuerzas y voluntades ? La Economía política para quien es un axioma que el trabajo libre y ordenado es el cimiento firmísimo de las sociedades mejor constituidas ; la Economía política que da tan prudentes máximas y tan saludables consejos á los pueblos cuando gozan de salud , no puede abandonarlos á sí mismos cuando se sienten enfermos y menos cuando sus dolencias reconocen por causa alteraciones profundas en el régimen natural del trabajo. El tiempo de los Jeremías ha pasado tambien para la ciencia económica ; y á aquella Economía política estéril, sentimental y planífera de otros tiempos , ha sucedido otra Economía política fecunda, serena y reflexiva que abraza de una mirada toda la profundidad de la miseria , la analiza , la clasifica , sabe adivinarla, consolarla y reprimirla : otra Economía política tenaz , paciente, infatigable que cuenta uno por uno los dolores, enjuga las lágrimas una por una y recoge uno por uno los harapós. (*Bien, bien*).

Pero ¿qué es una crisis industrial, señores? No voy á definirla; mejor será hacernos cargo de los fenómenos que presenta. Varios son los que ofrece una crisis industrial y tales que afectan á la vez á las empresas, á la mano de obra, al consumo general del país y á los intereses del Tesoro público.

En las empresas, la crisis se manifiesta por cierta dificultad en allegar los capitales fijos y circulantes que son menester para hacer marchar los establecimientos; por la escasez de la primera materia, que es una parte del capital circulante; y á veces tambien por la imposibilidad de dar salida á todo el producto elaborado, el cual, ó tiene que disminuirse, ó se va haciendo estérilmente en los almacenes, dando lugar al fenómeno que los ingleses llaman *glut* y es como si dijéramos plétora industrial.

Respecto del obrero, la crisis se presenta con una disminucion notable en el pedido de la mano de obra, por efecto de cuya disminucion hay que despedir de las fábricas algunos operarios ó un gran número de ellos, ó por lo menos estos tienen que resignarse á un cambio brusco de salario que, estando antes á un tipo superior y elevadísimo, baja repentinamente á otro muy humilde y acaso insuficiente para cubrir las necesidades más perentorias.

Para el consumidor, la crisis significa un encarecimiento general en los precios de todos los artículos, hasta el punto de que clases enteras tienen que renunciar á ciertos goces delicados, aunque justos y legítimos, para destinar los rendimientos de su capital y trabajo, ó acaso una parte del mismo capital, á las primeras necesidades de la vida.

Finalmente, toda crisis industrial es, para el Tesoro público, una merma grande en la masa imponible de la Nación; porque ya recaiga el impuesto sobre la produccion, ya sobre el consumo, ora sea directo, ora indirecto, es evidente que, disminuyendo la produccion y el consumo, tambien se disminuyen en proporcion las rentas del Erario. De manera que las crisis industriales son á manera de una vastísima red que envuelve, dentro de uno ó varios países, los elementos todos de la vida pública y privada: atacando, lo mismo el bolsillo de los particulares, que ese otro, no bolsillo, sino bolsón que maneja y administra el Estado por cuenta de los asociados.

Mas, no paran aquí las cosas. En sus condiciones modernas, la

industria necesita para moverse la gran palanca del crédito. Es el crédito quien le comunica su mayor potencia circulatoria; pero el crédito exige seguridad, y si la seguridad falta, el papel, los instrumentos de crédito circulan con dificultad; los efectos de comercio se envilecen en el mercado, ora representen existencias á pié de fábrica, ora valores en circulacion. Y ahí teneis cómo, detrás de la crisis industrial, viene en seguida la crisis mercantil con su acompañamiento obligado de subidas de descuento, suspensiones de pagos, liquidaciones apremiantes y disoluciones de compañías respetables. El golpe sufrido por el papel privado se deja sentir en los valores públicos, y tras la crisis mercantil teneis inmediatamente los desastres de la Bolsa. Envilecido el papel, corren sus tenedores á realizarlo; el pánico se hace general; afluyen los billetes á las cajas de los Bancos; el numerario parece adquirir las propiedades del azogue; huye, se esconde, se escapa por todos lados; emigra de la capital á las provincias, de las provincias á la capital, de las provincias ó de la capital al extranjero; y avanza entonces la crisis monetaria cuando aquella corriente de oro y plata que, en épocas normales, mansa y sosegadamente iba fertilizando los campos de la produccion, detiene repentinamente su curso, se encharca en unos mercados y deja á otros completamente en seco. Y aún es posible, muy posible que el último paso de este calvario sea la crisis política; que esta crisis sea provocada por aquellos para quienes la crisis industrial se traduce inmediatamente en hambre, es decir, por los obreros. Es posible, muy posible que estos, impacientes por no poder esperar el día de mañana (pues bien sabeis, señores, que si alguien parece tener derecho á la impaciencia es el hambre), es posible repito que salgan á la calle y conviertan sus clamores en teas, puñales y barricadas: no por instintos sanguinarios y pasiones aviesas: semejante calumnia no debe consentirse: no y mil veces no; sino por estar acostumbrados á ver que el gobierno garantiza un beneficio á las empresas, ya por medio de las subvenciones, ya indirectamente por la proteccion aduanera, y creer que tambien á ellos debe garantizárseles el pan, que tambien á ellos debe asegurárseles *un derecho al trabajo* como al fabricante se le ha asegurado *un derecho á las utilidades*.

No quiero decir que las cosas pasen siempre de esta manera:

sé muy bien que, en el orden histórico, no siempre una crisis industrial va en último término á parar á una crisis política; que toda crisis económica no empieza necesariamente en el despacho del fabricante para ir á concluir en la plaza pública. Sé que muchas veces sucede todo lo contrario y que la crisis política engendra la industrial, como sin ir más léjos, nos lo podría probar el actual conflicto de los Estados Unidos. Pero he querido decir y probar que casi nunca una crisis viene sola, que todas las crisis se enlazan y mutuamente se corresponden; porque en este siglo en que el mundo material ha reclamado para sí la electricidad, tiene tambien el mundo moral sus hilos invisibles y sus corrientes misteriosas que hacen sentir en todas partes y á todas las clases, á la vez y de un solo golpe, los grandes sacudimientos.

Necesariamente, señores, una perturbacion tan honda en todas las partes de la vida social debe reconocer una causa superior. Cumple á mi propósito averiguar esta causa; pero antes séame licito llamar vuestra atencion sobre el diferente método adoptado en este punto por proteccionistas y libre-cambistas. Abrid los libros del proteccionismo; consultad sus oradores; cuando se trata de una crisis industrial, sea presente ó pasada, siempre les vereis limitarse al fenómeno material, al caso concreto. ¿Se trata de los Estados Unidos? No esperéis de ellos consideraciones elevadas sobre las profundas escisiones causadas, en el seno de la Confederacion, por la esclavitud del Sur y el proteccionismo del Norte: el motivo de la crisis anglo-americana es para los proteccionistas una simple consecuencia de haber absorbido la guerra civil los capitales y brazos que eran necesarios para las plantaciones. ¿Se trata de Inglaterra? Los desastres del Lancashire y otros distritos manufactureros no proceden, segun el proteccionismo, de otra causa que de haberse puesto los ingleses bajo la dependencia de los Estados Unidos para la adquisicion de los algodones en rama. Hubieran sido más cautos y previsores, hubieran, con tiempo, con la debida anticipacion, provocado, en su India y en otras comarcas favorables, el cultivo de aquella planta, y no se verian ahora en los gravísimos aprietos que cuestan tantas lágrimas á la Gran Bretaña. ¿Se trata de Francia? Aquí el recurso proteccionista es todavía más peregrino é ingenioso: segun los proteccionistas, la crisis de las fábricas

cas francesas es un resultado natural del *calamitoso* tratado de comercio celebrado en 1860 entre Francia é Inglaterra. Y es evidente, señores: porque si Palmerston y Napoleón, si Cobden y Chevalier no se hubiesen puesto de acuerdo para impedir que ingleses y franceses se estuvieran odiando por más tiempo, si el tratado de comercio no se hubiera verificado; por este hecho, por este solo hecho, hubieran brotado, como por encanto, no los algodones, sino pacas enteras de algodón en los campos de la Virginia, de la Georgia y de entrambas Carolinas. (*Risas y aplausos.*)

¿Por qué no generalizarán estos hombres? ¿Sabeis por qué? Porque el proteccionismo es esclavo del hecho, y el mundo de las ideas no le pertenece. Las ideas, sin embargo, explican los hechos, los regularizan, los corrigen y, en último resultado, los dominan. Los hombres que no aman la generalización, las ideas generales, no pueden ver la luz, porque por muy desinteresados que sean, y yo no niego que algunos lo son, están siempre al servicio de intereses cerrados: teocracias, militarismo, ambiciones dinásticas, feudalismos industriales. Los que aman la generalización esos pueden ver la luz, para esos resplandece el divino sol de la justicia, y pueden mirarle cara á cara y con los ojos fijos como el águila contempla con los suyos ese otro sol que brilla en los espacios. (*Grandes aplausos.*)

Generalizemos, pues, señores: y generalizando, veamos si existe algun principio dominante en las crisis industriales, por el cual vengamos en conocimiento de la causa generadora de semejantes trastornos. Examinando las crisis en conjunto, yo creo que pueden distribuirse en dos grupos perfectamente distintos.

Pertenecen al primer grupo aquellas crisis que suponen un cambio *radical* en las condiciones *ordinarias é históricas* del trabajo por la aparición de un nuevo agente, de un nuevo instrumento, de una fuerza nueva: una máquina, un invento, un procedimiento antes desconocido, un medio expeditivo cualquiera. Llamemos á estas crisis *necesarias y permanentes*: necesarias, porque nos vienen impuestas por la ley natural del progreso, que es tan propio de la industria como de las demás esferas de la vida: permanentes, porque como el progreso es continuo y no le deja á la humanidad tregua ni punto de reposo, siempre vivimos en una crisis de esta especie, ó cuando menos estamos amenazados de sufrirlas.

Pertenece al segundo grupo aquellas otras crisis que no cambian, sino que *alteran* las condiciones ordinarias del trabajo; y no porque aparezcan nuevas fuerzas ó nuevos instrumentos, sino por una circunstancia *extraordinaria* que lleva la perturbacion á los mercados. A estas otras crisis podríamos llamarlas *accidentales* y *transitorias*: accidentales, porque no están en la esencia misma del progreso, sino que por el contrario apartan de sus vías: transitorias, porque, por fortuna de la humanidad, sólo aparecen de vez en cuando como un castigo, expiacion ó advertencia providencial, á la manera que sucede para la poblacion con las epidemias y sucedia en otro tiempo con las hambres.

Ahora bien, señores: yo digo, y creo que desde luego me dareis la razon, que las crisis permanentes no tienen remedio, no deben tenerlo, ni cabe prevenirlas, reprimirlas ó sofocarlas. Son etapas de la civilizacion que debemos ir recorriendo sucesivamente, caiga quien caiga y pese á quien pesare; so pena de ponernos en ridiculo como Sismondi, cuando casi llegó á proponer la abolicion de las máquinas, ó so pena de merecer la execracion universal como aquellos hombres desalmados que, en dias de general agitacion, han quemado en las plazas públicas las mulgenis y selfactinas. Y sin embargo, ¿quién puede negar que estas crisis, que están en la esencia misma del progreso, producen los mismos desastrosos males que he descrito hace un momento?

¿Quereis verlo en el mundo material? ¿Es la imprenta? Pérdidas irreparables para copistas é iluminadores. ¿Es la hilandería de Arckwright? Hambre y miseria para los hiladores á mano. ¿Es la locomotora? Ruina de arrieros, carreteros, ordinarios y diligencias.

¿Quereis verlo en el mundo moral? ¿Es la abolicion de la esclavitud? Grandes descalabros para los cosecheros de algodon, de azúcar y tabaco. ¿Es el Banco de emision y la Caja de ahorros? Descalabros no menores para los logreros y pequeños prestamistas.

Porque hay, señores, dos partos igualmente difíciles y laboriosos: el parto de la hembra y el parto de los siglos: sólo que la hembra puede morir y con ella el fruto que ha llevado en su seno, y los siglos no mueren nunca cuando dan á luz sus portentos y maravillas. Al contrario: si un siglo vive, si echa

raíces en la historia, es por las pobrezaas que ha retirado y las grandeas que ha regalado á las generaciones futuras: si el recuerdo del siglo xv está profundamente grabado en nuestras almas, es por haber renunciado al manuscrito y haber dado la vida á Guttemberg, es por haber matado el poder mediterráneo de los italianos y haber dado á todos los pueblos el cetro de los Océanos: si vivirán eternamente los siglos xviii y xix es por haber abandonado la rueca y el huso; por haber postergado las fuerzas animales y arrojado al mundo los nombres de Watt y de Fulton, el vapor y los telégrafos. (*Grandes aplausos.*)

No le es dable al hombre, repito, poner obstáculos á las crisis permanentes; pretender que lo haga es una blasfemia: hacerlo es un crimen. Pero la Providencia que provoca y mantiene aquellas crisis, sabe á su manera prevenirlas y neutralizarlas. Las previene, haciendo en un principio muy difícil y costosa, para la mayoría de las fortunas, la adquisicion y aplicacion de los nuevos agentes descubiertos, ó bien oponiendo al espíritu de novedad la fuerza de inercia y el espíritu de rutina profundamente arraigados en los humanos instintos. Neutraliza sus malos efectos, abriendo alrededor de cada *tierra* recién conquistada numerosas é inagotables fuentes de nueva produccion donde vayan á beber los que quedaron desheredados. En una palabra: Dios no permite las transiciones bruscas, no hace nada *per saltum*: deja que los niños tiren piedras á Colon, que los yankees llamen loco á Fulton, que la grave Academia de ciencias de Paris moteje y satirize los primeros ensayos de navegacion al vapor, á fin de que los pueblos se vayan preparando para la gran transformacion, para la grande obra; y entre tanto, convoca á los cesantes del antiguo régimen industrial y les abre en el nuevo un ancho presupuesto donde puedan tener cabida holgadamente ellos, sus familias y todos sus conocidos y allegados.

Pero ¿no hay más crisis permanentes que las que la misma Providencia provoca y sostiene en beneficio del progreso industrial? ¡Ah, señores! otras crisis permanentes hay que son obra exclusiva del hombre, y que en manos del hombre está prevenirlas, remediarlas y hasta abolirlas. Varias veces se ha comparado la aplicacion de la libertad de comercio á la introduccion de una máquina nueva; y la comparacion es tan exacta, que bas-

ta, para conocerla, examinar los resultados que ambas cosas producen. Mejora del producto, abundancia, baratura, son los efectos inmediatos de la maquinaria: baratura, abundancia y mejora son la consecuencia natural de la libertad de comercio. Esto ni lo han negado ni han pretendido nunca negarlo los proteccionistas.

El proteccionismo, con tal de crear en el país un ramo de trabajo, *cualesquiera que sean sus condiciones*, prescinde completamente de si el producto es malo, escaso y caro. Pero hay dos géneros de necesidades que conspiran abiertamente contra un olvido tan lamentable. La primera es la necesidad de los pueblos que instintivamente buscan, no lo que es producto del trabajo nacional, sino lo que les cuesta menos dinero. La segunda es la necesidad de los gobiernos que, preocupados con la idea de aumentar los ingresos del Tesoro, buscan á su vez, no lo que aleja los productos extranjeros de la aduana, sino lo que los atrae á ella, haciéndoles dejar, por vía de tributo, cantidades que se convierten en pingües rendimientos para el Erario. Agregad á todo esto la presión que la libertad mercantil, aplicada ya en otros pueblos, ejerce sobre aquellos que todavía no la reconocen, ni la admiten: agregad la propaganda con que algunos ó muchos hombres de verdadero corazón tratan de ir preparando la opinión para que se convierta á las buenas doctrinas económicas; y tendreis que, en un país gobernado por el proteccionismo, hay siempre pendientes sobre su cabeza cuatro espadas de Damocles; hay siempre cuatro protestas vivas que esperan el momento favorable para traducirse en hechos generales. La protesta de los pueblos se llama contrabando: la protesta de los gobiernos se llama anuncios, proyectos, leyes de reforma arancelaria: la protesta de las naciones extranjeras se llama tratado de comercio: la protesta de la opinión se llama liga de Manchester, ó, si quereis, en España, *meetings* de la Bolsa de Madrid, ó conferencias libre-cambistas del Ateneo. ¿Os parece poca crisis esta y poco permanente? Pues en vuestra mano está el evitarla. Dejad que los pueblos compren lo que les salga más á cuenta: dejad, ya que deban conservarse las aduanas, que los gobiernos saquen de ellas todo el producto posible: dad una satisfaccion á los extranjeros que os piden libertad mercantil en cambio de la que os ofrecen; dádsela á la opinión que incesantemente pide y suplica; y habreis concluido

de una vez con esa perenne inseguridad : habreis suprimido un género de crisis industriales que son acaso las más abrumadoras y desastrosas. (*Bien, bien.*)

Y todo esto, ¿quereis hacerlo de un golpe? se me dirá. Entonces no imitais á Dios, de quien acabais de decir que prepara con tiempo las transformaciones industriales y compensa con usura sus desventajas. ¿Dónde está la preparacion que conceden los libre-cambistas radicales á las industrias protegidas? ¿Dónde está la masa de trabajo de que disponen para llenar los claros que la reforma deje en la produccion general del país? ¿Dónde está? Acordaos, proteccionistas, de que siempre, aún los más radicales de entre nosotros, os han hablado de plazos y vosotros no los habeis admitido cuando ha llegado la ocasion de señalarlos: acordaos de que se os ha dicho, «ahí teneis la tela, cortad por dónde querais y cómo querais, pero cortad;» y no habeis cortado ni una sola pulgada: acordaos de que son preparacion suficiente el contrabando que os hostiga, las reclamaciones del Tesoro que os apuran, el ejemplo de las naciones extrangeras que os avergüenza, la prensa de todos matices que os acusa y os manda renunciar á vuestros fueros. Y en cuanto á abrir nuevas fuentes de produccion, acordaos de que vosotros mismos habeis dicho mil veces que España es un país privilegiado por su clima, por su suelo, por sus agentes naturales: acordaos de que la proteccion es un mal, el libre-cambio un bien, y que el bien se hace cuando el mal se quita (*apláusos*): acordaos sobre todo de que, si despues de tanto anuncio, de tanta advertencia, de tanta amenaza como habeis tenido, alguna de vuestras industrias perece cuando suene la hora de la libertad de comercio, es señal de que aquella industria era un cáncer en el estómago del país, y la sociedad española la arrojará de su seno como esos malos humores ó esos cuerpos extraños que algunos enfermos tienen que arrojar de su cuerpo para devolverle la salud y la vida. (*Ruidosos apláusos.*)

Vengamos ya, señores, á las crisis accidentales y transitorias. No son un paso del progreso, sino una especie de espasmo del progreso; ya lo he dicho: dependen de circunstancias extraordinarias; lo he dicho tambien. Estas circunstancias son infinitas, y escapan á toda clasificacion. Desde el capricho de una moda que lo

cambia todo sin mejorar nada, hasta una guerra que pone en conflagración á uno ó á varios Estados, ya veis que la escala es inmensa. No es esta ocasion de averiguar si todas aquellas circunstancias son imprevistas, ó si hay algunas que pueden prevenirse y evitarse. Si las hay que puedan prevenirse y evitarse, el cómo y el cuándo lo dirán la política, la moral, la religion, la filosofia, la Economía política, si quereis: y demostrado que las haya, colocadlas entre las causas *permanentes* de crisis á cuyo punto me refiero. Aquí tratamos de las que el libro de la Providencia tiene apuntadas en el capítulo de imprevistos; y yo entiendo que el problema que hay que resolver en este punto es el siguiente:

Dada la existencia de las crisis imprevistas ¿cuál de los sistemas económicos tiene mejor preparadas á las poblaciones y cuál les da mayor copia de recursos *propios* para hacerlas frente?

Valiéndome de una imágen, podría decir: dada la posibilidad de que un hombre reciba algun golpe de mano ¿qué clase de peto ó de cota de malla, como armas defensivas, qué clase de espada, como arma ofensiva, son más á propósito para preparar el golpe, ó desviarlo, ó hacer menos peligrosos el balazo ó la estocada?

Ya veis, señores, que esta es la gran piedra de toque de los sistemas económicos; porque si yo os demuestro que la libertad de comercio pone á los pueblos en las condiciones más ventajosas para resistir una crisis eventual y que el proteccionismo los coloca en las más desventajasas, ambos sistemas quedarán juzgados, y los que todavía duden ó vacilen sabrán perfectamente á qué atenerse.

Pues veamos cuáles son los resultados inmediatos y tangibles de la libertad de comercio. Los formularé primero sencillamente y luego los explicaré de la manera más compendiosa que me sea posible, para no abusar de la atencion con que me estais favoreciendo.

Los resultados de la libertad de comercio son los siguientes:

- 1.º Tener baratas las subsistencias.
- 2.º No consentir en un país más industrias que las que le sean naturales y tengan un porvenir fijo.
- 3.º Distribuir y proporcionar convenientemente los capitales en los varios puntos del territorio y entre sus varias industrias.
- 4.º No levantar ni bajar el salario de una manera brusca y violenta.

5.º Desarrollar el espíritu de asociación industrial.

6.º Dar á esta asociación el doble carácter de *fuerza* para auxiliar á la producción cuando esté en marcha y en progreso, y de *recurso* para socorrerla cuando esté en decadencia ó se vea amenazada de algun grave daño.

Yo quisiera que, en este momento, se sentara aquí, en esta misma silla, algun proteccionista, porque estoy seguro de que, despues de las alharacas de costumbre sobre independencia nacional é inundaciones extranjeras, no podria menos de decir lo siguiente :

Convengo en que la libertad de comercio quiere y proporciona la baratura de las subsistencias.

Convengo en que la libertad de comercio no quiere más industrias que las naturales y de recursos propios.

Creedme: con estas dos declaraciones me contentaria yo: porque ¿os parece poco que, en un momento de crisis industrial, tengamos barato el pan, barato el hierro, baratos los artículos de vestir? Dígalo Francia. Francia abolió la escala móvil momentos antes de que estallara, quiero decir, se generalizara la crisis industrial que está atravesando; y en tan buen hora la abolió, que los trigos de Dantzick, llegados á los puertos franceses del Norte, y los trigos de Odessa, llegados á Marsella, han producido allí tan buen efecto, que además de reducir la crisis á algunos departamentos del interior, si comparamos los estragos que ha causado la crisis actual con los que causó, entre nuestros vecinos, la análoga de 1848, veremos que los presentes pueden reducirse á la mitad.

¿Y os parece poco que, cuando una crisis se nos venga encima, ó cuando ya nos esté agobiando con su peso, tengamos en el país todas aquellas industrias que puedan echar en él profundas raíces, y cuenten con condiciones, con recursos propios que, si bien alterará la crisis momentáneamente, quedarán siempre entre nosotros y, pasada la tormenta, volverán á adquirir su antigua fuerza y, si cabe, mayor lozanía?

¿Os parece poco que, en aquellos tristes momentos, los capitales nacionales no estén artificialmente condensados en algunos puntos del territorio, sino que por el contrario se hallen convenientemente repartidos en *todos* los ángulos de la población, fecundicen los *varios* ramos de nuestra riqueza *verdadera*, pa-

guen *en todas partes* intereses y repartan salarios *en todas partes*?

¿Os parece poco que, entonces, estos salarios no se encuentren artificialmente elevados, sino por el contrario perfectamente nivelados por las oscilaciones naturales de la oferta y pedido de brazos, de manera que, cuando el salario baje por efecto de la crisis, no haya una desproporcion tan grande entre el tipo del salario anterior á la crisis y el tipo posterior?

Pues ¿qué me decís del principio de asociacion industrial y de su doble efecto como fuerza y como recurso? Donde el industrial empresario no espera del gobierno proteccion *especial*, sino simples garantías *generales*; donde garantías y no proteccion *directa* espera el industrial obrero, empresarios y obreros se conciertan, se convienen, se asocian, juntos ó separados: el incentivo del interés privado hace imaginar los expedientes más ingeniosos para consolidar su accion; nace la asociacion de los empresarios, la asociacion de capitalistas comanditarios de la industria, la asociacion de los obreros. Robustecido así el interés privado, siente, conoce por sí mismo los riesgos que pueden sobrevenir, clasifica estos riesgos y organiza para cada uno de ellos un sistema de seguros.

Quiero que se me diga si el sistema proteccionista es ó no el reverso de esta medalla.

Viene una crisis industrial y lo encuentra todo caro: el alimento, el vestido, la vivienda, los utensilios; la crisis aumenta las dificultades y teneis carestía sobre carestía, lluvia sobre mojado.

Viene una crisis y encuentra industrias raquíticas, enfermas, que no pueden vivir sino á costa de gravar el consumo, precisamente cuando el consumo necesita algunas anchuras y comodidades.

Viene la crisis y encuentra el capital concentrado en un punto, donde, como las pestes, forma focos de infeccion que hacen más intensos y sensibles los desastres.

Viene la crisis y encuentra en ciertas industrias privilegiadas unos salarios altísimos, sin proporcion ninguna con el tipo medio de la retribucion general del trabajo en el país: unos salarios, señores, que si encantan á primera vista por la situacion cómoda y halagüeña en que colocan al operario, asustan al hombre previsor cuando piensa en los horrores de la miseria que viene

repentina é inmediatamente detrás de una prosperidad relativa.

Viene la crisis y encuentra al industrial flojo y desanimado, confiado siempre en que el Estado le sacará de apuros, precisamente cuando tambien los siente, y no pequeños, el Estado.

Viene por fin la crisis, señores; y ¿dónde están las asociaciones operarias? El proteccionismo las ha perseguido de muerte; porque ¡cosa singular y que se ha observado de la misma manera en todos los pueblos regidos por el sistema protector! Como en estos pueblos los industriales protegidos forman una verdadera potencia, ejercen mucha influencia en los colegios electorales, tienen en el Parlamento sus hombres y sus metrallazos de votos dispuestos para el caso, intrigan en las oficinas y están siempre colgados del oido de los altos agentes de la Administracion: han conseguido constantemente impedir el establecimiento de asociaciones de operarios, los cuales por lo general ni son electores, ni elegibles, ni pueden dejarse oír en los Congresos, ni probablemente podrian forzar la línea de porteros de un ministerio. So pretexto de que los obreros pueden asociarse para imponer condiciones al capital, como si el derecho de la mano de obra á asociarse no fuera tan legitimo como el derecho de los capitalistas, (*bien, bien*), han impedido siempre que los obreros se concierten para organizar en su seno sociedades de prevision que tan provechosos resultados podrian producir en el momento de una crisis. No se ha vacilado, no, para asustar á los gobiernos y decidirles á no consentir asociaciones operarias ó á cerrar las existentes, en arrojar sobre la frente de los beneméritos obreros la nota de turbulentos y revolucionarios; como si las verdaderas turbulencias y revoluciones no nacieran justamente de esa constante tirantez, de esa opresion constante en que el sistema protector mantiene á los consumidores.

Está visto pues: cuando viene una crisis eventual, el libre-cambio tiene al país preparado para la defensa y armado de todas armas; el proteccionismo le tiene completamente desarmado. Entonces es cuando vienen las prisas y los apuros: cuando se alza la prohibicion de importar cereales extranjeros: cuando se permite introducir los algodones en rama sin derecho diferencial de bandera ó de procedencia. Para nosotros, siempre esto es satisfactorio, porque es un tributo pagado á nuestras

doctrinas: pero ¡ay de la libertad que llega tarde! Acordaos de aquellas constituciones que ciertos príncipes han prometido á sus pueblos cuando ya tenían aquellos un pié en el estribo de la diligencia que debia conducirles para siempre á extrañas tierras. Aquellas constituciones no han quedado en el país: se han ido siempre debajo del brazo de los príncipes desterrados. Pues de la misma manera, esas libertades económicas concedidas á los pueblos á última hora, y en momentos de grave aprieto, son ineficaces por lo flojas, y por lo tardías demasiado débiles para hacer frente á los intereses privilegiados. Hay una carestía de subsistencias: decretáis por algunos meses la libre entrada de los granos extranjeros; mas ¿no veis la actitud y no ois la gritería de los propietarios territoriales atacados en su monopolio precisamente cuando ellos lo creen más necesario para librarse de los males de la crisis? Hay una perturbacion en el mercado de algodones: ¿decretáis por una temporada ó para siempre la entrada franca de los en rama, sin distincion de procedencia? Ved la actitud en que se coloca la marina mercante privilegiada. No hace mucho tiempo que pudimos estudiarla en Madrid cuando vino una comision de navieros á réclamar contra la extorsion que se les hacia al declarar el gobierno que los algodones venidos del depósito *intermediario* de Liverpool pagasen el mismo derecho que los procedentes de los depósitos *originarios* de América. Quejábanse los navieros de que la abolicion del derecho diferencial de procedencia atacaba en su raíz el principio de la proteccion á la navegacion de curso largo. Y decidme: aquellos señores, colocándose en el terreno de las ideas proteccionistas, ¿no tenían tanta razon como creen tenerla los hiladores y tejedores al pedir que se conserve la prohibicion en ciertos números y sobre ciertos hilos? Los hiladores y tejedores alegan la necesidad de fomentar la fabricacion: los navieros alegarán la necesidad de fomentar la navegacion. Cuando venga una crisis ¿qué razon ni qué derecho hay para hacer á uno de estos intereses víctima del otro?

He dicho que, además de encontrar resistencias á veces invencibles, esas concesiones tardías del proteccionismo son ineficaces. Si cuando estamos en plena crisis, se levanta por algun tiempo, como sucede, la prohibicion de importar granos del extranjero,

la medida da siempre tan pocos resultados que sus beneficios apenas se dejan sentir en la masa de la población. La causa no puede ser más evidente. El comercio, por muy rápido que sea en sus operaciones, no las improvisa: necesita tiempo para calcularlas, espacio para hacer las compras y los transportes, noticias para organizar las comisiones y sobre todo seguridad de que la especulación ó especulaciones que prepara no serán detenidas, en mitad de su camino, por alguna contraórden emanada de autoridades superiores. Todas estas condiciones son difíciles de realizar cuando el gobierno, á última hora y sólo para tiempo determinado, concede el paso franco á algun artículo antes prohibido; pero, como la necesidad apremia, lo que el comercio no se siente con fuerzas para improvisar tiene que hacerlo el mismo gobierno y por consiguiente lo hace mal: que no han nacido los gobiernos para entender en asuntos de tráfico, sino para dispensar verdaderas, sólidas y generales garantías á todos los intereses. ¿Se hace el gobierno comprador de granos? Resultan podridos ó muy averiados. Me parece que lo que sucedió hace pocos años con los de Trebizonda no puede estar tan léjos de vuestra memoria.

Mas, si tan estériles y tan completamente inútiles son las medidas preventivas que aconseja el proteccionismo para las crisis industriales ¿son más fecundas y eficaces las represivas? Estas pueden reducirse á una sola palabra: la limosna. Obras públicas continuadas ó empezadas para dar trabajo á los obreros despedidos de las fábricas, limosna: larguezas de las autoridades y personas principales con idéntico objeto, limosna: sopas públicas, recursos pecuniarios de todas clases para remediar la miseria de un dia, limosna y siempre limosna. ¿Qué quereis, señores? Justo es que la limosna sea la última palabra del sistema proteccionista, puesto que ha sido la primera. En épocas normales, ¿viven de otra cosa que de limosna las industrias privilegiadas? ¿Es otra cosa que limosna el precio *artificial* que tiene que pagar el consumidor por los artículos de aquellas industrias? Verdad es que semejante limosna se nos exige un poco á la fuerza, por el estilo de la que tuvo que soltar Gil Blas momentos despues de salir de su aldea; como que se llama carabinero el agente á cuya benéfica sombra la pagamos. Y ¿no os parece tristísimo

un sistema que no tiene otro recurso á que apelar para la salud y para la enfermedad, para vivir y para curarse de los males más terribles?

Oyendo estoy un argumento que querrán oponerme los proteccionistas: Inglaterra. « Ahí teneis, me dirán, un pueblo enteramente cortado sobre vuestro patron: libre-cambista como ninguno, como ninguno antigubernamentalista, provisto como ninguno de todos los recursos que pueden esperarse de la asociacion más completa, más libre y espontánea. Inglaterra es vuestro tipo: ¿qué ha hecho Inglaterra con la crisis actual? ¿Ha sabido evitarla? ¿Ha podido aliviarla de otra manera que echando mano de esos mismos recursos por vosotros tan combatidos? »

Señores: una palabra antes de entrar en el fondo de este argumento, si es que de tal merece el nombre. Porque la escuela economista suele aplaudir ciertas prácticas ó tendencias inglesas conformes con los buenos principios económicos, se nos cree anglomanos y defensores *quand même* de todo el sistema político, administrativo y económico de la Gran Bretaña. Es un error. Inglaterra tiene todavía que andar mucho camino para completar sus reformas económicas: no hablo de las políticas y administrativas, porque son ajenas á mi objeto. Ha hecho la reforma de las leyes sobre cereales; ha abolido las prohibiciones; ha reducido á fiscales los derechos protectores; ha echado abajo el acta de navegacion; pero ¿no ha dejado todavía en pié muchos obstáculos que entorpecen el comercio? Su conducta en la India ¿está acaso de acuerdo con los sanos principios económicos en materia de colonizacion? Su empeño en conservar las Jónicas, Malta, Gibraltar, Aden, Ormuz y otras tituladas llaves del comercio universal, ¿no contrasta singularmente con el espíritu moderno, enemigo irreconciliable de todo aquello que trascienda á monopolio marítimo? Hay, señores, dos Inglaterras en el momento presente: la Inglaterra vieja, aferrada á sus tradiciones de egoismo nacional y de supremacía mercantil y diplomática, y la Inglaterra nueva que quiere desprenderse de estos vicios para merecer un nombre digno y respetado entre las naciones contemporáneas. Palmerston representa la primera: Cobden y los peelistas la segunda: Russell es una especie de lazo que une ambas tendencias. Pero ved lo que son actualmente en Inglaterra Cobden, Bright y los

economistas; una influencia, no una situación de gobierno. Donde veais los armamentos, las amenazas de guerra, la resistencia á desprenderse de ciertos protectorados, las grandes cuestiones sobre los buques coraceros ó sobre la fuerza y alcance de los cañones Armstrong y Withworth, las revistas de los riflemen y los *meetings* tumultuosos contra los *french dogs*, allí está la vieja escuela inglesa, allí están Palmerston y su gente llevando en el corazón los sentimientos que heredaron de los Pitt y los Canning. Donde veais, por el contrario, las protestas generosas en favor de los míseros indios; condenado el pié de guerra, bajo cualquiera de sus pretextos; provocados los convenios mercantiles ampliamente liberales con Francia y Bélgica; propuesta y sostenida la cesion de Gibraltar; entablada la reforma del derecho marítimo; iniciadas y llevadas á cabo un sin fin de medidas económicas y políticas, cuya trascendencia para la prosperidad y el buen nombre del pueblo inglés es de todos conocida, allí está indudablemente la Inglaterra nueva, la Inglaterra del porvenir, la que los hombres de la escuela de Manchester cuidan de ir vistiendo y adornando con todas las galas de la moderna cultura. Y la misma cuestion de la crisis industrial es una prueba fehaciente de que aquellos hombres no dejan pasar una sola ocasion favorable de manifestar á propios y extraños cuán léjos están sus doctrinas de parecerse á las de los prohombres de la vieja escuela. Pues qué ¿se ha olvidado acaso que Cobden y lord Stanley se opusieron el año pasado en el Parlamento á que se aprobara un bill extensivo de la ley de pobres, probando que estos recursos del Estado eran absurdos y anti-económicos para remediar la miseria de 500.000 familias?

Mas ya he dicho que se nos plantee bien el problema si se quiere discutir de buena fe. Pruébesenos que Inglaterra ha provocado su presente crisis económica, y descargaremos sobre ella el peso de una justa indignacion propia de las almas nobles. Pudieron los ingleses prevenir el mal con alguna anticipacion; no lo negamos: pudieron, por ejemplo, en la India, en la América del Sur, en algunas comarcas de la misma Europa ensayar desde hace algun tiempo el cultivo de los algodones; tampoco lo desconocemos. Pero ¿no pueden perder y no es probable que

pierdan algun día la India, como perdieron en otro tiempo sus colonias del Mississipi y del San Lorenzo? ¿No hubiera de todos modos podido venir una guerra en la misma América, en Oriente ó en Europa, que hubiese privado á las fábricas de Inglaterra de los algodones por ella fomentados, como la de ahora les está privando de los anglo-americanos? Desengañémonos; la crisis industrial que aflige en estos momentos á la Gran Bretaña no la sufren los ingleses por su culpa, sino *á pesar* de todos sus cálculos y previsiones. Es una de esas crisis que hemos llamado eventuales, accidentales y por fortuna transitorias. ¡Ay de los pueblos que no hayan hecho gran caudal de buenas prácticas económicas para que fueran menos sensibles sus estragos! Pero ¡felices aquellos que tengan el terreno bien preparado para que,alzada la causa *puramente externa* de la crisis, renazcan las fuerzas industriales con mayores bríos!

¿Será necesario, señores, demostraros que Inglaterra se encuentra en este caso? En los primeros momentos la crisis se ha presentado allí con un carácter áterrorador: el desequilibrio económico ha sido profundo, la miseria espantosa. Era por desgracia de esperar, segun todos los cálculos naturales. Si una crisis significa la perturbacion en el crédito, en los capitales, en la mano de obra, en la circulacion monetaria: allí donde el crédito es más activo y poderoso, los capitales más fuertes, la mano de obra más extensa, más ancho el mercado de numerario, allí tambien la crisis debe ser más cruel y más intensa. Empero, pasadas aquellas primeras, inevitables y tristísimas impresiones que causa naturalmente la invasion de una terrible plaga, ¿dónde habeis visto mayores ánimos, más constancia, y actividad más infatigable para salir pronto del apuro? ¿Dónde habeis visto suscripciones tan colosales como en Inglaterra para auxiliar á la fabricacion; dónde mayor masa de socorros privados, ya individuales, ya colectivos; dónde tantas empresas casi improvisadas para obtener buenos algodones en todas las comarcas favorables á este cultivo; dónde trabajos más serios para conseguir la paz entre los gobiernos de Washington y Richmond; dónde empréstitos tan cuantiosos como los que se han suscrito en la City de Lóndres para conseguir un gran golpe decisivo que, haciendo inclinar la balanza del lado de cualquiera de los combatientes, ponga feliz,

pronto y deseado término á las sangrientas luchas de los norteamericanos?

Comparad estos ejemplos de actividad inglesa con lo que está sucediendo en Francia. Despues de muchos meses, apenas ha llegado á cubrirse allí la mitad de los recursos *oficiales* presupuestados para aliviar la miseria de los obreros del Sena inferior y de algunos otros departamentos que han sido víctimas de la crisis; y una compañía proyectada para cultivar el algodón en la Argelia apenas ha empezado á dar señales de vida. Y ¿qué diremos de nuestro país? Los fabricantes que viven tranquilamente á la sombra de sus monopolios, ¿han tenido muchas reuniones para tentar ensayos de plantaciones algodóneras en grande escala en Cuba, en Puerto Rico ó en nuestra misma Península? Ahora que tenemos una escuadra que está recorriendo el Pacifico para recoger, entre otras cosas, y segun se asegura, ricas colecciones de plantas y animales raros, ¿han pensado los verdaderos interesados, en trabajar para que nuestros representantes en aquellas aguas procuren directa ó indirectamente beneficios á nuestra fabricacion, consiguiendo en las repúblicas de la América del Sur promesas, ensayos ó realidades de plantaciones algodóneras? No lo han hecho ni probablemente pensarán en hacerlo: demasiado saben ellos que el gobierno, bajo cuyo amparo vive la industria que quieren hacernos pasar por nacional y espontánea, se encargará de sacarlos de apuros, remediando por supuesto la crisis de unas industrias con males y vejámenes impuestos á otras industrias y á los consumidores.

Señores: médicos hay que cuando tienen á su cuidado un enfermo de cierta gravedad y ya desahuciado, ó poco menos, acuden á un amigo suyo ó acaso á un adversario, y le dicen: «ahí teneis este enfermo que yo no he sabido ó no he podido curar; curadle.» Eso mismo hacen con nosotros los proteccionistas. Cuando viene una crisis económica, de cualquier linaje que sea, acuden presurosos á nuestras puertas y nos dicen: «ahí teneis un pueblo que está sufriendo; aplicadle vuestros remedios.» Y nosotros, como somos hombres y tenemos un corazon que se aflige ante el espectáculo de la desgracia, si vemos una boca hambrienta, si viene á tocar nuestras ropas una macilenta mano, no vacilamos en poner un pedazo de pan en aquella boca y una moneda en aque-

La mano; pero una vez satisfechos los deberes de la compasion, la fuerza de nuestra idea nos obliga á preguntar al proteccionismo: tú que has estado por tanto tiempo y estás todavía en posesion de la autoridad, ¿has empleado algun medio eficaz para prevenir estos dolores? Si proceden de una causa permanente, ¿recuerdas si has puesto algun obstáculo que haya venido á neutralizar los sublimes cálculos de la Providencia? Si proceden de una causa eventual é inevitable, ¿has dejado que esos pueblos confiados á tu gobierno preparasen *por sí mismos* los medios de conjurar sus adversidades? No lo has hecho, luego la responsabilidad es tuya, de tus actos y doctrinas. No lo has hecho, luego nada tenemos nosotros que decirte sobre estos negocios que te has reservado. Nosotros seguiremos aconsejando á los pueblos que huyan de tus erradas máximas y funestísimos consejos: les enseñaremos á no aumentar con dificultades y restricciones *artificiales*, las penas y molestias *naturales* que á Dios plugo imponernos como condicion necesaria del progreso: les enseñaremos á hacer uso de su responsabilidad y á encontrar, en el tesoro de sus libertades, recursos inagotables para hacer frente á sus adversidades. Tendremos buen cuidado de enseñarles que la libertad representa en nuestro siglo la accion, y la reaccion la resistencia; y ya sabeis cómo se bate la accion, avanzando; como se baten las resistencias, en retirada. (*Aplausos generales y prolongados.*)
